

ROSA DE LIMA, ¿REPRESENTATIVA O ALTERNATIVA?

Pedro Trigo SJ*

ABSTRACT:

Rosa de Lima was, because of her race and culture, western, American and creole. A woman who was not only defined by these features, but that consciously overflowed the frame of that culture and took her to huge christian changes, the same way as Jesus, in the brotherhood of the sons of God.

KEY WORDS:

Woman, American, creole, culture, transcendent, brotherhood, mystic, penance, sick, indigenous

Celebramos el cuarto centenario de la muerte de Rosa de Lima, cuando estamos comenzando la tercera época de Nuestra América, cuyo sujeto se caracteriza por el reconocimiento de su carácter multiétnico y pluricultural, en un estado de derecho y de interacción simbiótica, a diferencia de la primera, en la que el único sujeto fue el amerindio, muy internamente diferenciado, y de la segunda, en la que predominó el criollo, es decir, el peninsular americano, devenido por la emigración a occidental americano. Esta tercera época se va abriendo paso con mucha dificultad porque a nivel mundial, hemos entrado en la época, en la que el sujeto predominante es el occidental globalizado, que no da paso a las demás etnias y culturas para que comience la historia universal. Por eso el occidental americano, se coaliga con él, para que el sujeto siga siendo el occidental y no se dé paso a los sujetos de las diversas etnias y culturas. En esta coyuntura, en la que el Espíritu de Dios impulsa a la humanidad a aceptarse como una única familia de pueblos, y los occidentales mundializados y los occidentales americanos resisten, es muy interesante considerar el caso de Rosa

* Pedro Trigo, SJ, desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas, Facultad de Teología de la UCAB, asociada a la UPS. Tiene numerosas publicaciones y escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de licenciatura y de postgrado en Teología Pastoral, Teología Espiritual y Teología Fundamental, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Acompaña a comunidades cristianas populares. Correo-e: trigodura@gmail.com

de Lima. Por etnia y cultura era occidental americana, es decir, criolla. Pero ¿aceptó definirse por esas coordenadas, pudiéndola considerar como una representante eximia de los criollos o desbordó conscientemente los marcos de esa cultura establecida y la llevó a transformaciones que no fueron asimiladas ni en el fondo aceptadas por los suyos, aunque sí, en una medida apreciable por gente popular y por minorías que, por definirse como ella por la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, desbordaron también esos cauces de la cultura criolla establecida?

Éste es nuestro planteamiento en este pequeño estudio, homenaje, que juzgamos muy oportuno, en este cuarto centenario de su fallecimiento.

Cuando Europa se enzarza en una guerra muy cruel y prolongada de religión que redefinirá el mapa político y económico, América hispánica va encontrando su cauce, se va asentando, afirma su identidad y alcanza a expresarse con voz y peso propios. Lima representa esta fecundidad. No sólo hay expansión económica y consolidación institucional sino florecer en las artes, las letras y el espíritu. En este dinamismo se desató una gran frivolidad, pero también se espoleó la santidad. Coincidieron en Lima cinco santos canonizados: además de Rosa, el arzobispo Toribio de Mogrovejo, el franciscano recoleto y misionero Francisco Solano, el mulato lego dominico y sabio curandero Martín de Porres y el también hermano del mismo convento Juan Macías.

UNA SANTA CRIOLLA

El proceso de elevar a Rosa de Lima a los altares tiene que ver con la necesidad de legitimación de los criollos que se afirmaban en todos los campos. ¿Qué mayor símbolo de su prestancia que una santa? Su canonización por Roma significaba a sus ojos el reconocimiento oficial de su modo de ser humano y cristiano. Significó que no eran eco de Europa sino fuente de inspiración para ella. Así fue captado por Europa: la oleada de devoción con proliferación de libros, estatuas y pinturas, dedicación de altares e incluso templos, expresaba el reconocimiento de la mayoría de edad de las Indias a siglo y medio de su descubrimiento.

Pero ¿qué Indias eran las que representaba Rosa de Lima? Para los que favorecieron su causa y escribieron sus biografías, las que edificaron allí los españoles. Los europeos y más los españoles se felicitaron por el éxito del trasplante. Los criollos reivindicaron su diferencia, dentro del universo español y occidental: la santa era americana. Ésta fue la cara que presentaron a las castas y a los indígenas: como ellos, Rosa era americana, nativa.

Que esta reivindicación tocaba fibras muy sensibles se echa de ver por la rapidez y hondura con que cundió su culto, tanto en Europa como sobre todo en toda América Latina y muy en particular en el pueblo limeño y americano.

Por una parte, Rosa era la flor del criollismo, la más alta de sus posibilidades, un camino que muchos admiraban sinceramente ya que no recorrían, y que bastantes se esforzaron en seguir. Pero por otra, Rosa era la hermana solidaria que purgaba por sus pecados. Gracias a su ejemplo pecaban menos, pero gracias también a su intercesión obtenían el perdón cuando pecaban. Una sociedad tan apegada a la riqueza y tan sensualista tenía que tener una intercesora voluntariamente pobre y penitente. Una sociedad tan quisquillosa en lo que toca a puntos de honra que eran capaces de darlo todo por recibir el reconocimiento público tenía que buscar la intercesión de quien sólo se ocupó de la honra de su esposo sagrado y por ello evitó puntillosamente cualquier honra dirigida a ella. Una sociedad afincada en la explotación de indígenas y esclavos tenía que tener por intercesora a una samaritana que lavara las heridas que ellos les inflingían. Una sociedad que canjeó el amor por los devaneos y frivolidades, requería como intercesora a una amante entregada en cuerpo y alma al amor con una fidelidad total.

Queremos fijarnos además en otra contraposición, muy característica de esas tempranas biografías: Rosa es la criolla urbana que consume el camino cristiano en el momento en que arrecia la campaña de extirpación de idolatrías en el área rural. La blanca urbana santa, frente a los indios rurales idólatras. En las biografías los indios son los otros, tanto los indios del otro lado de la sierra que ella quiere ir a convertir o a perecer como mártir en el intento de ganarlos a Cristo, como la india Mariana que, estando siempre presente, no tiene voz, sino que se limita a ser una sombra obediente, cómplice y ejecutora material de su martirio.

RASGOS CRIOLLOS DE ROSA

Pero ¿fue Rosa esa criolla ideal? Lo fue, sin duda, en algunas actitudes e inclinaciones muy características suyas que, por ser representativas, se han popularizado. La primera es su sensorialidad, es decir el gusto de lo visto y el camino de la contemplación al sentimiento. Es muy llamativo que, aun habiendo llegado a los más altos grados de oración, siguiera gustando de imágenes piadosas y que éstas fueran pábulo muy continuo para su contacto con Jesús y María. Otra manifestación sobresaliente de esta sacramentalidad de las imágenes bellas es su dedicación, como camarera, a la imagen de Santa Catalina y cómo pasaba muchísimo tiempo aderezándola para su fiesta y le hacían llegar

muchas alhajas para que la engalanara y hasta la santa le hizo un milagro para que pudiera hacerlo desinflamándole súbitamente las manos. No hay que olvidar que los tormentos que se proporcionó para compartir la suerte de su esposo, son también expresión en registro negativo de su sensorialidad tan afinada. Como lo es, su preocupación constante por no aparecer hermosa ni tampoco demacrada como penitente.

Su contemplación de la naturaleza y su diálogo con ella, su compenetración con ella, para alabar juntos a Dios es otra manifestación de su sensorialidad, de su toma de posesión del mundo como la casa paterna, sublimación de la toma de posesión de la tierra por parte de los criollos.

Otra manifestación sobresaliente de su criollismo es su orientación a la familia: la obediencia a sus padres, la familiaridad con sus hermanos, la confidencialidad con la indígena recogida, como de la familia, la responsabilidad por contribuir económicamente al sostenimiento de sus padres, la atención esmerada a su papá y a su abuela materna enfermos. También es criollo el intento persistente de su madre porque creciera fina y elegante para poderla casar con un buen partido y poner a la familia a valer. También lo es su lucha por seguir su camino y su capacidad para lograr su propósito sin que se quebraran las relaciones.

Es criolla la libertad, la creatividad, la búsqueda de un camino personal, y el hacer todo esto sin rebeldía, con persistencia, pero logrando también al cabo la aceptación de los suyos y de las autoridades. La combinación de sencillez y astucia para no dar sospechas a la inquisición, sin ceder por otra parte de su aventura espiritual, es una auténtica proeza.

Es criolla la capacidad de relacionarse con las personas que requería para proseguir su camino, personas importantes, que accedieron a entrar a su mundo y acompañarlo y convalidarlo.

LA TRASCENDENCIA DE ROSA

Sin embargo, no se puede obviar que en lo más sustancial su camino desbordó absolutamente la dirección dominante de la figura histórica en la que vivió. Vamos a señalar algunas características en las que se desmarcó del camino trillado.

BEATA

Primero, fue una beata: una mujer liberada de la tutela de los padres y de la sumisión al marido y a la regla del convento. Fue una mujer que se labró su vida con libertad. Fue también una mujer que tuvo confidencias con otras

mujeres y varones, más allá de las paredes de los templos y los locutorios de los conventos. La beata era la única posibilidad que tenía una mujer de emanciparse. Por eso se exponía al juicio y a la maledicencia de todos y a las sospechas de los clérigos y de la inquisición. Para encontrar alguna protección, muchas se acogían a la tutela de una orden religiosa. Rosa fue al principio terciaria franciscana y luego terciaria dominica.

Su libertad fue expresión de autenticidad, por eso nada tuvo de contestatario. Si algo recalcan los biógrafos es su esmero, que lindaba en el fastidio, por obedecer las órdenes de sus padres, de sus padres adoptivos y de sus confesores. Dentro de los cauces de la obediencia debida, fue labrándose su propio camino a base de autoridad moral, por lo que sus iniciativas, tan extremas muchas veces, tan fuera de su ambiente, acabaron siendo convalidadas por sus mayores.

Viéndola tan hermosa y discreta, su madre la quiso educar para lograr un casamiento que la encumbrase socialmente y sacase de paso a la familia de apuros. Tuvo que resignarse a que no se adornara, a que no visitara, incluso a que rechazara partidos ventajosísimos, porque se había consagrado a Jesucristo. El modo prestigioso de consagrarse era entrar a un monasterio. Fue admitida a varios sin dote, por el deseo de tenerla dentro. Pero continuó en su casa atendiendo a su padre y abuela enfermos y trabajando para socorrer su pobreza, y luego aceptó ir a casa del contador Gonzalo de la Maza para aliviar con una boca menos las penurias de su familia, a la que siguió ayudando con sus labores. Logró que sus padres aceptaran que construyera una pequeñísima ermita en el huerto, en la que pasó muchísimas horas orando y haciendo penitencia. Y hasta logró que le aceptaran dedicar una habitación de la casa para enfermería, en la que atendía a enfermos especialmente trabajosos.

En las biografías aparece el contrapunto continuo con su madre. Es un contrapunto saludable. Su madre es la voz del sentido común materno: lo que le dice a la hija tiene siempre sentido. La posición de Rosa no es una antítesis sino una superación, que tiene en cuenta la lógica de la madre, a la que responde con una lógica superior. La prueba de ello es que María Oliva acabó sus días en el monasterio que “fundó” su hija.

MÍSTICA

En segundo lugar, fue una mística. Pretendió que desde su infancia Dios y Jesús se comunicaban con ella directamente, sin pasar por la alcabala de los clérigos. Su camino no fue el camino trillado de la disciplina y las devociones posttridentinas sino el de la iniciativa personal, tanto de parte de ella misma como de Dios. Siendo niña construyó con su hermano una celda en el huerto de

la casa para dedicarse a vacar en Dios, en la que perseveró mientras estuvo en ella; de niña comenzó con los ayunos y castigos corporales para participar de la pasión de Jesucristo; de adolescente hizo voto de castidad para consagrarse a su Esposo Jesús; pronto llevó su caridad más allá de lo habitual, atendiendo en los pobres y enfermos a Cristo sufriente; quiso ir toda su vida de misiones a los indígenas para que salieran de las tinieblas de la idolatría y fueran iluminados por la luz salvadora de Cristo, e instó vivamente a ello a sus confesores; tuvo conversas espirituales con seculares devotos; y los últimos años de su vida los pasó en casa de Gonzalo de la Maza, contador real, donde pudo llevar su vida de entrega consumada al Señor al amparo de miradas indiscretas.

Ese trato íntimo, ese conocimiento de Dios y de Jesús en el sentido bíblico, que llega hasta el matrimonio místico el año de su muerte, que incluye arrobamientos, visiones y éxtasis, pero que se expresa en ese hilo cotidiano tan tupido de propuestas y respuestas, era el que estaba siendo perseguido en Europa por la inquisición y el que en Lima llevó a procesos a gente de su propio círculo. Ese camino de libertad espiritual, que estaba a un paso de ser descalificado como engaño diabólico, no era el camino canónico, no era la propuesta institucional que, siendo meramente genérica, excluía el camino estrictamente personal, como se vio en los grandes santos españoles del siglo XVI, sospechosos todos para la inquisición.

Hacerla santa ¿era declararla admirable, pero no imitable? Las biografías se orientan a resaltar los milagros. Rosa sería entonces la intercesora de los necesitados y pecadores, y no el camino de vida, que la inquisición había cerrado. Así fue para quienes promovieron su causa, no para un número considerable de cristianos de a pie, que sí se tomaron en serio su vida como camino hacia Dios.

¿Cómo logró Rosa esquivar la inquisición? Por varios caminos convergentes. Ante todo, por su discreción. Evitó el trato público, incluso las procesiones, y en el privado sólo mantuvo conversación con un círculo reducido de mujeres devotas y confesores, y en este círculo nunca hizo alarde de nada y sobre todo huyó las teologizaciones y se hizo fama de iletrada, aunque nos consta que leyó al menos fray Luis de Granada y santa Teresa, y, por lo poco que se nos ha conservado, describía con gran precisión sus experiencias místicas.

Lo segundo, el deseo de claridad total con sus confesores; ella estaba segura de lo suyo, pero ponía todo en conocimiento de ellos y se dejaba guiar de su consejo; aunque, como todos los santos, sin dejar su camino.

Lo tercero fue una feliz coincidencia: sus confesores estaban comprometidos con la Inquisición y la protegieron de ella. Ella les había

entregado su camino espiritual y ellos lo extraviaron para no remitirlo a Roma y no entrar en litigios. Aunque con este proceder, que denota inseguridad o falta de aprecio, nos privaron de ese tesoro.

PENITENTE

En tercer lugar, su penitencia. Tanto la materialidad de muchas penitencias como el motivo de hacerlas, tuvo que ver con reproducir la pasión de su Señor, con participar de ella, porque la amante quiere identificarse por todos los medios con el amado. No se puede obviar la tendencia del cuerpo a seguir sus apetencias autonomizándose del conjunto de la persona y olvidando su función simbólica, y por eso, la necesidad de disciplinar lo que tiende a disgregarse. Tampoco se puede desconocer la influencia de los padres del desierto que identificaron helenísticamente la carne paulina con el cuerpo y buscaron morir al cuerpo para alcanzar la contemplación de la esencia divina. Esta espiritualidad tuvo un reflorcer en la espiritualidad postridentina que estuvo muy marcada por la dicotomía cuerpo-alma, natural-sobrenatural, mundo-Iglesia, vida temporal-vida eterna. En su caso tuvieron mucha influencia los santos medievales, señaladamente santa Catalina de Siena, a quien llamaba su madre y a la que buscó imitar hasta en detalles muy específicos. Pues bien, una característica de estos santos es la concentración de la espiritualidad en Jesús y la concentración de la vida de Jesús en su pasión. Estar con Jesús fue así compartir su pasión. Esto llega a los detalles de recibir los cuatro mil azotes que habría recibido él o llevar como él una corona de espinas o padecer con él la sed o sufrir en todo el cuerpo ya que a él no le quedó parte sana.

Insisto en que es típico del barroco entender la pasión de Cristo, sobre todo, como pasión física y, por tanto, como el mayor sufrimiento posible. El seguimiento de Jesús pasaba por reproducir en sí esos sufrimientos, más que en vivir como él vivió, participar de su misión, de modo que, por seguir su camino, se acabara participando de su destino. Llegar a la pasión por estar en la historia de modo equivalente a como estuvo Jesús, lleva a recibir algún tipo de pasión de los que resisten esta propuesta; no lleva a causarse a sí mismo estos dolores, como no se los causó a sí mismo Jesús. Cuando no hay misión histórica, el seguimiento de Jesús se vive como imitación. Objetivamente esto es un desvío. Primero, porque no se nos pide imitar a Jesús sino seguirlo, ya que la imitación pone entre paréntesis tanto la propia realidad del discípulo como la de la historia, y, segundo, porque no hay en el evangelio ni una sola frase que tenga que ver con castigar al cuerpo ni menos aún ninguna práctica de Jesús en esa dirección. Más todavía, existe una sentencia de Jesús que nos da un perfil de sí

mismo incompatible con esta figura. Se compara a sí mismo con el Bautista y el Bautista es el asceta y él el que come y bebe.

Sin embargo, este dolor puede ser expresión inadecuada de una entrega total. Es el caso de santa Rosa. El ayuno casi constante a pan y agua, el pasar varios días sin comer ni beber, el dormir en una cama que era una pieza de tortura y muy pocas horas, el llevar una cadena de hierro a la cintura y un cilicio en el cuerpo, el azotarse cruelmente y ceñirse una corona de espinas son suplicios tan desmesurados que es inconcebible cómo pudo aguantarlos y que al fin le consumieron la vida. Los llevó con el mayor secreto posible y causaban horror a su madre a medida que se iba enterando. Es increíble cómo pudo convencer a sus confesores para que se lo permitieran, si es que estaban enterados de todo y no tenían sólo un conocimiento genérico y somero.

Hay pruebas más que evidentes de que en su caso ese dolorismo no sólo no impidió el seguimiento de Jesús, sino que fue camino hasta la completa libertad espiritual. Ante todo, hay que reconocer que esa vida torturada no la encerró sobre sí. Al ser una muestra de amor, una muestra hasta el extremo de un amor extremado, una locura de amor, la llevó a estar pendiente sólo de agradar a Jesús. Esta salida de sí se manifestó en la solicitud permanente por su familia necesitada ya que dedicó muchísimas horas, muchas veces hasta la media noche, bordando y cosiendo; también ejerció abundantes obras de caridad corporales, tanto socorriendo a los pobres con lo poco que tenía y lo que recibía de otros para este fin, como atendiendo a enfermos, en el hospital público y en el que montó, como dijimos, en su propia casa. También ayudó espiritualmente a cuantos podía, y mantuvo un constante interés y compromiso porque mejorase el clima espiritual de la ciudad, para no hablar del ansia misionera, a la que ya nos hemos referido. A los más allegados causaba un permanente asombro cómo en el estado físico en que se encontraba podía trabajar con tal denuedo. El hábito del canto también es señal inequívoca de que el martirio no significaba entregarse a las pulsiones de destrucción, y el que sus cantos fueran de alabanza y amor dice mucho de su tono espiritual. También habla de su orientación a la vida su devoción por los Niños Jesús, la ternura que sentía ante ellos, su contemplación embelesada y sus diálogos familiares con ellos. Pero lo que revela hasta el fondo el secreto de sus padecimientos es que ella era esposa de un esposo en agonía mientras haya pecado en el mundo. En este sentido, compartir el dolor no es sólo identificarse con él sino participar de su misión.

ROSA Y LOS ENFERMOS POBRES

En cuarto lugar, su cercanía a las clases subalternas para darles catecismo y ayudarles y para atenderles en el hospital fue más allá de lo que podía entenderse como altruismo de los de arriba. Llegó a equivaler a pasarse de algún modo a ellos, en los que servía a su Esposo Jesús. No fue una dedicación de tiempo libre, expresión de la finura de espíritu y la sensibilidad femenina de una joven bien nacida. Fue un trato asiduo y absolutamente discreto, un compromiso personal que llegó hasta convertir en enfermería un cuarto de su casa.

ROSA Y LOS INDÍGENAS

En quinto lugar, habría que mencionar su interés por los indígenas. Hay dos anclajes biográficos que es necesario reconsiderar: su relación con Mariana y la influencia de su adolescencia en Quives. Mariana declara en el proceso de beatificación que habló con ella todos los días de su vida. De la india Mariana sólo se sabe que nació en Lima, que es contemporánea de Rosa y que por lo menos a los cuatro años de edad ya estaba en casa de los Flores-Oliva. No puede ser más elocuente que ella declare que habló con Rosa todos los días de su vida y que en las biografías no se conserve ni una palabra suya. Hablar con una persona no es sólo escucharla y obedecer sus órdenes. Consta que no fue sólo su cómplice sino también su confidente, que es una relación muy distinta. Si Rosa la hubiera considerado “agreste y rústica” como sus biógrafos, no la hubiera tenido como su confidente.

Quives aparece en las biografías porque allí la confirmó Santo Toribio de Mogrovejo. El contexto del encuentro no puede ser más sombrío: el cura del lugar aconseja al obispo que no vaya al pueblo porque lo van a recibir mal, ya que los indígenas están obstinados en no dejar su idolatría y no han querido bautizarse. Y en efecto los niños, incitados por sus padres, lo insultan y agreden, y el obispo los amenaza con el castigo divino. Se asegura que sólo pudo confirmar a tres o cuatro niños, entre ellos a Rosa. No es fácil contextualizar concretamente esa referencia y menos aún contrastarla para ver qué tiene de estereotipo y qué de base histórica. Es cierto que la zona estuvo en litigio, conflicto y tensión desde mucho antes de tomar posesión los españoles. Es cierto que, si en la zona había minas de plata y en el pueblo depuradora de metales, habría mita y con ella muchas muertes. Es cierto que en la zona aledaña de Huarochirí se había llevado a cabo una campaña de extirpación de idolatrías, que seguramente dejó hondos resquemores y que quizá se había extendido a Quives. Pero también es cierto que el santo obispo era apasionado defensor de los indígenas, que en el III concilio limense había amenazado con numerosas excomuniones a los curas doctrineros y a los encomenderos como

único modo de corregir abusos inveterados, que hizo incesantes gestiones para que los frailes tomaran doctrinas de indios y que, al no lograrlo en la medida esperada, se dedicó personalmente a ello, llegando a pasar la mayor parte de su tiempo en comunidades indígenas, en una de las cuales murió un jueves santo. Es tremendamente significativo que el encuentro entre ambos santos se realizara en tierra indígena.

Consta que de los años de adolescencia que Rosa pasó en Quives, al menos tres los pasó postrada en cama con los nervios agarrados. Sin embargo, un sueño místico nos ilustra la honda impresión que dejó en ella el durísimo trabajo indígena. Jesús, su esposo, se le aparece como el dueño que pone a sus esposas a desbistar pesadas piedras con los instrumentos de mineros o canteros, un trabajo que parece despiadado, completamente desproporcionado para la escasa fuerza y habilidad de unas mujeres. Y sin embargo el peso de gloria era proporcionado a la cantidad de piedra desbastada. La conclusión es que sólo participando de la terrible pasión de Cristo se participa de su resurrección. Éste fue, en efecto, el camino durísimo, atroz, de Rosa. Ella se somete voluntariamente a lo que la sociedad hispana sometía a la fuerza a los indígenas; las cargas libremente asumidas tienen que tener la medida de los trabajos forzados en que penaban los indios. No se sabe de ninguna palabra de Rosa sobre la explotación indígena, pero el pasaje no puede ser más elocuente.

El otro rasgo de Rosa respecto de los indígenas es el deseo ardentísimo de ir a convertirlos. Lamentó no ser varón para poder hacerlo, se planteó la posibilidad de adoptar un niño para imbuirle este deseo y que lo realizara por ella. Insistió de un modo que se puede decir exagerado y casi impertinente a clérigos y, en concreto, a confesores suyos a que se fueran a misiones. Este deseo se puede entender de dos modos: desde la soteriología de la época, Rosa quiere que se bauticen para que no se condenen; pero también desde su relación con Dios y Jesús, desea que les conozcan para que no se pierdan ese tesoro invaluable. De cualquier modo, es una solicitud constante por ellos.

UNA DIRECCIÓN VITAL ALTERNATIVA

En síntesis, habría que decir que, en efecto, santa Rosa de Lima es expresión de la genuinidad cristiana a la que habían llegado los españoles americanos, ya que ella al seguir su camino no deja de serlo, sino que lo es hasta el extremo. Incluso habría que decir que la vida extremada es una característica de este grupo humano, aunque a diferencia de los de España, el extremo venía envuelto en una gran sutileza, de manera que no apareciera como tal e incluso

interiormente se balanceaba, como hemos visto, con otros elementos de manera que no unilateralizara a la persona.

Sin embargo, si es expresión de una de las direcciones de ese grupo humano, no es representativa de las criollas que usufructuaban el orden que se estaba consolidando en las Indias. Sin criticarlas directamente, sí se desmarca sistemáticamente de ellas, y no lo hace como una variante un tanto excéntrica sino como una dirección alternativa.

La dirección vital de Rosa de Lima es una llamada de Dios, que esperamos muchos criollos sepan oír y secundar, y que ayude al pueblo latinoamericano a persistir en esa dirección y no sucumbir a las incitaciones ambientales que tratan compulsivamente de volverlos adictos a sus productos y a su dirección vital de subir como individuos en un esquema radicalmente injusto, que pisotea la fraternidad de las hijas e hijos de Dios, por la que Jesús de Nazaret dio su vida.